

Y nosotros, los cristianos, iremos á postrarnos ante la Cruz, que ella llevó siempre como emblema en su escudo, y pediremos á nuestra heroica virgen, santa y mártir, que ruegue á Dios por la grandeza y la gloria de Francia.



XV

El Miércoles de Ceniza

En el cementerio de Elseneur, Hamlet, después de arrojar con asco el cráneo del infeliz Yorick, prosigue sus fúnebres meditaciones y va siguiendo con la imaginación las cenizas de Alejandro Magno, hasta que las encuentra tapando la piqueta de una barrica.

—Aquí tienes, le dice á Horacio, el paradero de los hombres: Alejandro murió, fué enterrado y se convirtió en polvo; el polvo se mezcla con la tierra, de ésta sacamos la arcilla... ¿y quién nos dice que el polvo de Alejandro no forma parte de la arcilla con que tapamos un barril de cerveza ó rellenamos un agujero de la pa-

red para que no pase el viento? ¡Oh! ¡Pensar que este puñado de tierra que dominó el orbe sirve de remiendo á un muro, para cerrar el paso á las celliscas invernales!

Estas reflexiones que Shakespeare pone en boca del melancólico príncipe de Dinamarca son muy oportunas en este primer día de cuaresma, en que el sacerdote traza una cruz con un poco de ceniza sobre la frente de los fieles, dirigiendo á cada uno las siguientes palabras: «Acuérdate, hombre, de que eres polvo y en polvo te has de convertir.»

¡Cuán admirable es el simbolismo de esta ceremonia, como el de tantas otras de la Iglesia! No tiene solamente por objeto recordarnos que la vida es corta, que la muerte se aproxima, y que lo poco que queda de un hombre en el mundo, aunque haya sido un monarca poderoso ó un guerrero invicto, puede servir un día para tapar las grietas de una pared ruinosa. La ceniza depositada hoy sobre la frente del cristiano le enseña, además, que debe ser humilde y no envanecerse con sus méritos, ni con la posición, sea cual fuere la que ocupe en el mundo, ni aun con las buenas acciones que haya podido realizar. Le mandan reparar todo el mal que haya acarreado con sus actos, ó al menos, si alguno de sus daños fuese irreparable, debe arrepentirse sinceramente y con todas las fuerzas de su alma.

Aun prescindiendo de toda doctrina religiosa, hasta para aquellos que no esperan nada después de la muer-

te, la humildad y la penitencia son dos hermosos sentimientos que ennoblecen el alma. A menos de vivir como una bestia, entregado á la satisfacción de sus bajos instintos, el hombre aspira á su perfeccionamiento espiritual, desea ser cada día un poco mejor. Casi siempre se figura conseguirlo; así es que los ancianos pretenden de ordinario haberse corregido y perfeccionado con la experiencia, lo cual les consuela de su decaimiento corporal; y se glorían del imperio alcanzado sobre sus pasiones, cuando éste dimana, aunque se guarden muy bien de confesarlo, del agotamiento y cansancio de los sentidos. De todos modos, en aquellos que conservan un poco de espiritualismo, el amor propio y la vanidad disminuyen con los años, al par que crece el remordimiento por las malas acciones cometidas.

Desconfiad del hombre maduro que repite sin cesar: «Puedo ir con la frente muy alta, nada tengo que echarme en cara.» Es posible que haya seguido siempre las leyes de la probidad y del honor, tales como la sociedad las entiende; pero ante su propia conciencia ese hombre miente, ó al menos, descubre á la vez que un lastimoso desconocimiento de sí mismo, un alma sin escrúpulos, un corazón sin delicadeza ni verdadera bondad.

Porque nadie, absolutamente nadie, puede levantar la cabeza con tanta arrogancia y proclamarse irreprochable. Nadie puede volver los ojos á su pasado sin

recordar muchas injusticias cometidas con los demás, muchos desmayos y flaquezas en el cumplimiento de su deber. Todos, aun los más perfectos, hemos cometido graves faltas, si no por perversidad, por egoísmo, por amor desordenado de nuestra persona. Y á los más perfectos precisamente es á quienes más les duelen tales recuerdos.

Es natural, pues, que así para el creyente que alimenta la sublime esperanza del *más allá*, como para aquellos incrédulos que admiten la vida moral, tenga un sentido profundo la ceremonia de imposición de la ceniza, que recuerda al hombre la inminencia de la muerte y le obliga á examinarse y juzgarse humilde y severamente, con espíritu de penitencia.

La humildad es una de las más excelsas virtudes cristianas. Sólo ella puede acortar las distancias que la naturaleza y las costumbres han establecido entre los hombres, puesto que infunde á los superiores la dulzura y la caridad y á los inferiores el respeto y la obediencia. Sólo ella puede atenuar y hacer tolerables las injusticias sociales, destruyendo en los fuertes el instinto de la tiranía y en los débiles el instinto de rebelión. Pero ¡cuán raros son hoy día los espíritus humildes! Y ¡qué triste es presenciar los estériles y miserables esfuerzos del orgullo y de la envidia, que reclaman la absurda igualdad de todos los hombres ante el placer!

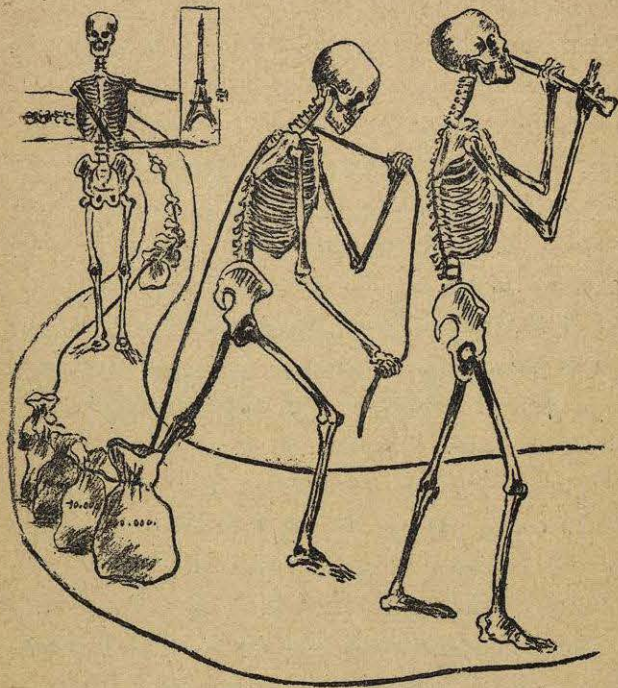
¡Ah! La igualdad absoluta no existe más que ante

la muerte. Así es que cuando leo la engañadora palabra, *igualdad*, en la fachada de nuestros edificios públicos, llevo á echar de menos aquella sombría muestra del buen sentido de los hombres medioevales, que pintaban sobre los muros un esqueleto tocando el violín, con un fémur por arco, y conduciendo á un mismo abismo al papa con su tiara, al rey con su corona, al guerrero con su armadura, á la hermosa dama con su espejo, al sabio con sus infolios, al campesino con su azadón, al obrero con su martillo y al mendigo con sus muletas.

Sí, una *Danza de los muertos*, una farándula macabra pintada al estilo moderno, sería muy oportuna y nos haría reflexionar un poco sobre muchas frivolidades y quimeras. No tendría, es muy de temer, el valor artístico de los frescos de Basilea, pintados por Hans Holbein en el claustro del convento de los dominicos; pero en cambio el cuadro se podría reproducir y multiplicar fácilmente, en innumerables copias policromas.

Imaginad, pegados en todas las esquinas de París, esos grandes carteles de vivos colores y sobrio dibujo, en que aparecería la Muerte, elegante esqueleto con su cráneo pelado, su chata nariz y sus costillas á modo de galones de casaca, soplando en una tibia que le sirve de flauta y conduciendo á la tumba á los representantes de la sociedad contemporánea. Allí veríamos á Rothschild con sus millones, á Eiffel con su torre, al obrero con el diario que le promete para ma-

ñana el fin de todas sus desdichas, al diputado agitando en alto su acta, al anarquista con la bomba debajo de la blusa y hasta al académico con su traje bordado



de palmas verdes, armado de su espada inofensiva y cargado con la colección de sus *Obras completas*, en muchos volúmenes...

Pero no bromeemos en un día que invita á pensamientos graves. Por lo demás, mejor que el espantajo algo pueril de la Danza macabra, ¿no tenemos, para recordar cuán deleznable es la vida del hombre, esta so-

lemnidad tan augusta y grave, en su fúnebre sencillez, que celebra la Iglesia el miércoles de Quincuagésima?

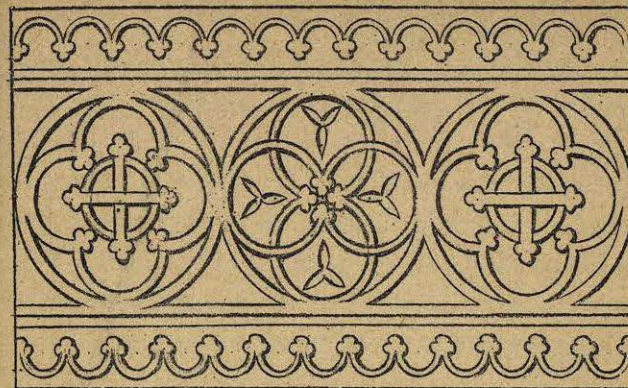
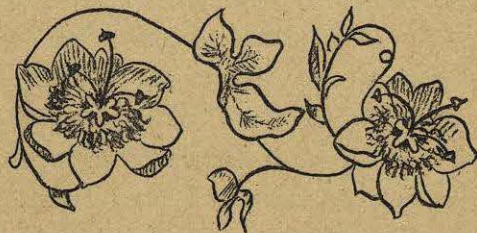
Quisiera que un hombre del día, un incrédulo—¡ay! casi todos lo son,—pero que sintiese sincero amor por el pueblo, me acompañase á la iglesia de un barrio democrático, á oír una de las misas matinales á que sólo asisten los humildes, y á presenciar la imposición de la ceniza.

No veríamos mucha gente dentro del sagrado recinto, débilmente alumbrado por los cirios del altar, porque empiezan á ser muy pocos los hijos del pueblo que buscan todavía un consuelo en la oración. Encontraríamos á unos cuantos ancianos, algunas obreras, algunas sirvientas arrodilladas junto al cesto de la compra, y cuatro ó cinco artesanos de facha rural, recién llegados de su pueblo.

En esos fieles madrugadores reconocería el amigo del pueblo á las almas sencillas y dulces, á los «pobres de espíritu», á los predilectos de Jesús, á quienes éste prometió un lugar de preferencia en su reino. No podría menos de conmoverse al aplicar sobre sus frentes inclinadas ese polvo que contiene acaso, como decía Hamlet, algunos átomos de Alejandro ó de César, y que es, en cierto modo, una imagen de tantas civilizaciones destruídas, de tantos pueblos aniquilados. Recordaría que la historia humana es un lamento, sin cesar renovado, de perpetuo dolor, y echaría de ver que siempre y en todas partes la suerte de los débiles

y de los pequeños ha sido á duras penas soportable, y que éstos no han hallado nunca consuelo á su desdicha sino levantando los ojos al cielo.

En aquella atmósfera religiosa, ante la oración de los humildes, tendría que reconocer el incrédulo que es una locura y un crimen arrancarles la fe que les hace amar á los demás hombres y les infunde la confianza en un Padre celestial. Comprendería acaso el Evangelio, ese libro sin par que transformó el alma del universo, que ha inspirado durante diez y nueve siglos las más excelsas virtudes y ha llevado la paz al corazón de tantos cristianos. Y entonces... ¿quién sabe?... al meditar acerca de la obra prodigiosa del que habló en la montaña y murió en la Cruz, vería por ventura que aquellos labios, de donde brotaron tan sublimes enseñanzas, no podían mentir, y creería en Jesucristo, Hijo del Dios todopoderoso, del Dios ante quien las estrellas son iguales á las partículas de polvo que el sacerdote pone sobre nuestra frente, del Dios eterno que, desde el fondo del misterio infinito, reina sobre un polvo de mundos y de soles.



XVI

Renacimiento cristiano

Es un hecho innegable que muchas almas nobles, hastiadas del grosero realismo moderno y rebelándose por fin contra su propia razón, que no hace más que ensanchar y alejar indefinidamente los límites del misterio sin traspasarlos jamás, se han sentido devoradas por sed abrasadora de ideal y de fe, y han acudido espontánea y libremente á la religión de Jesús, sometiéndose á la práctica de su moral divina y de sus doctrinas salvadoras.